

náusea moral, deseo de que se abrevie el fin;
misericordia y asco...

La soledad ampara
las vergüenzas. Yo tengo vergüenza de vivir.

Febrero 13 de 1913.

ELEGIAS

LA ELEGIA DE MIS MANOS

A Enrique González Martínez.

Manos, mis pobres manos, instrumento
de una voluntad frágil, de un dolido
corazón y de un loco pensamiento.
Manos, mis pobres manos, que a la clave
del porvenir obscuro se han tendido
—tal como vuela al horizonte el ave—
en busca de ideal y de esperanza,
de fe, sueño y amor; manos que han sido
enemigas del odio y la venganza.

¡Oh, manos de estructura femenina,
que son la herencia de una raza fina,
de cuyo arte magnífico y bizarro
ofrecen arqueológicos ejemplos,
la curva de sus ánforas de barro
y el encaje de piedra de sus templos!

Manos tranquilas, manos laboriosas
que así tocaron, dóciles y buenas,
bien un rosal, sin abatir las rosas,
o un corazón, sin despertar las penas;
y que sufrieron, con gentil desmayo,
la ingratitud, el mal y la mentira,
sin diseñar de la amenaza el rayo
ni conocer el gesto de la ira.

Manos, que, con un leve movimiento,
si la ilusión en tacto se transforma,
llevan al insaciable pensamiento
por el mundo infinito de la forma.

Manos que no declaman
la vil comedia, manos que no llaman
al plebeyo motín, ni, en los tumultos,
puñales son que esgrimen los insultos,
ni siervas de las cóleras que braman.
¡Tan hurañas a todos los estragos!
¡Tan dispuestas a todas las justicias!
¡Tan dúctiles a todos los halagos!
¡Tan fáciles a todas las caricias!
Nunca su piel morena has percutido,
mancha de Lady Macbeth, delatora!
y, llenas siempre de vital fluido,
curan a un can, levantan a un caído,

y le secan los ojos al que llora,
y bendicen, al pájaro en el nido,
y en el cielo, a la aurora.

¡Oh manos, que en la vida pecadora,
al soñar castidades y ternuras,
fuisteis, en el oculto gineceo,
manos de liviandad, manos impuras
en la fiebre de carne del deseo.
Y que al ir por el mundo todavía,
sonámbulas de bien y de belleza,
aun queréis escribir, día por día,
las voces de una santa poesía
que recuerden mi amor y mi tristeza.

Manos que, en el grotesco
sainete de la humana tontería,
sólo saben trazar el arabesco
de una sutil y plácida ironía...

—

Ya vuestro ambiente juvenil no es sino
un aire melancólico y adusto,
languidez otoñal que pronto vino
a marchitar vuestra frescura... Es justo...

Ya no os tendéis ansiosas al Destino
para evocar de nuevo el espectáculo

alucinante de un amor divino,
y andáis temblonas, cual pidiendo un bácul
que apoyar en las piedras del camino.

Cúmplase la sentencia del oráculo
que vió la delirante Quiromancia
en vuestras líneas... Cúmplase la suerte
que abreviará, en silencio, la distancia
que va de los jardines de la infancia
a los pálidos mares de la muerte.

—
Y queréis reposar, manos... Ya pronto
se apagará la luz en mi tramonto.
Y entonces, en la sombra del olvido,
desnudas de joyeles y esperanza,
descansaréis por fin, manos que han sido
enemigas del odio y la venganza.

Y por vuestras sensuales alegrías,
y por vuestras piadosas intenciones,
y por vuestras dolientes agonías,
y por vuestros impulsos, manos mías,
de limosnas y de consolaciones;
por los vasos de todas las orgías,
y el saludo de todos los cariños;
por las sabidurías

de mover fangos sin manchar armiños,
de ser castas y ser voluptuosas,
y de los senos erigir las rosas,
y acariciar la frente de los niños;
por la virtud como por la torpeza,
por la maldad como por la pureza,
por la dulzura con que habéis tocado
el universo azul de la Belleza;
por todos los consuelos que habéis dado,
por todas las caricias que habéis hecho,
por vuestro afán y por vuestra fatiga,
cuando yo duerma en el mortuorio lecho,
¡que haya una mano amiga
que suavemente os junte, que os bendiga,
y que os extienda en cruz sobre mi pecho!...

abre 7 de 1911.

ELEGIA INFANTIL

¡Lucecita de cuento de hadas
que perpetuamente siguen mis miradas,
y en mi noche invernal parpadeas,
mira qué cansadas
vienen mis ideas!

De tanto seguirte por entre el ramaje
de las selvas oscuras y heladas,
de tan largo viaje,
¡qué cansadas están, qué cansadas!

Perdí la vereda, como Pulgarcillo,
y mis ansias febriles malogro,
porque no te alcanzo, ni sé si es tu brillo
—que de lejos me atrae y fascina—
la casa del ogro,
o el palacio del hada madrina.

¡Lucecita que me haces un guiño
como un ojo travieso y amable,

esperanza de un santo cariño,
ideal de un amor inefable!...

Me detengo a veces, y así como a un niño,
me asusta la noche; pero mi alma terca,
charla que te charla,
"corre—dice,—corre, que ya está muy cerca,
tienes que alcanzarla."

Y ando, ando, ando; pero nada logro.
¿Qué hallaré en esa luz diamantina?
¿la casa del ogro?
¿el palacio del hada madrina?

Y están fatigadas todas mis ideas,
y desfallecidos todos mis anhelos,
y crecen las sombras... y tú, parpadeas,
no sé si en el bosque, no sé si en los cielos...

¡Apágate, y cese mi angustia infinita!
Sé buena y apágate... ¿No ves qué cansadas
están mis ideas? ¿qué paz necesita
mi espíritu? Apágate, buena lucecita,
lucecita de cuento de hadas...

Diciembre de 1910.

ELEGIA A JUSTO SIERRA

En un santo silencio el sol esplende.
Con luz de plata el otoñal follaje,
ya próximo a caer, brilla y se enciende.

La soledad angusta del paisaje
es toda de fulgor. Se extingue el día,
y yo persigo el término del viaje.

Dejad a mi doliente poesía—
que en la tristeza vespéral levanta
su ensoñadora y última armonía,—

que así convida a reposar la planta
del viador fatigado. En mis querellas
el ave del recuerdo es la que canta.

Surgen del arte evocaciones bellas;
y la sombra del alma se convierte,
por él, en imprevisto hervor de estrellas.

Tú lo sabes, maestro, tú, que, fuerte,
llamaste con tu antorcha de Hermosura
a las puertas de bronce de la Muerte.

Maestro: tu enseñanza en mí perdura.
Pasa por mi conciencia, que la alumbre
el mármol de tu olímpica figura.

Yo te sigo, señálame la cumbre;
como siempre, tu amor está en mi pecho,
y yo me abraso con su misma lumbre.

A mi llagado corazón lo estrecho,
porque es, en las borrascas de mi vida,
la única vela del bajel deshecho.

¡Qué crüel y angustiosa tu partida!
¡qué bruma en los espíritus! ¡qué amarga
tu remota y eterna despedida!

La ruta vemos hoy como más larga,
y sentimos, privados de tu aliento,
como más pesadumbre en nuestra carga.

Mas... estás con nosotros; yo te siento
cerca de mí, muy junto a mí, conmigo:
lámpara es en tu altar mi pensamiento.

Señálame la cumbre; yo te sigo,
humilde y fiel, como en la edad pasada,
¡oh, mi maestro, mi señor, mi amigo!

Y he aquí que viene sobre la encrespada
corriente, en actitud tranquila y grave,
la dolorosa sombra immaculada.

Llega, amorosamente, a nuestra nave,
y sus manos de luz, claras y vivas,
—que del misterio ya tienen la clave—

cual de la juventud en las estivas
horas de sol y sueño y esperanza,
recorren las cabezas pensativas.

Del *más allá* nos trae la confianza:
 "para el amor y el bien, no hay muerte"—dice—
 y nos invita a la inmortal alianza.

"Haced que la belleza se eternice"
 —clama su voz de oro,—y con sus manos,
 de luz diáfana y pura, nos bendice!

Es noche ya; juntémonos, hermanos,
 en torno del calor de esta memoria,
 como frente a un hogar, en donde, ufanos,

al releer esa ejemplar historia,
 limpia de mal, sonroje nuestra frente
 la llama inextinguible de su gloria.

Azote el cierzo afuera, el inclemente
 cierzo del egoísmo y la mentira;
 el amor del maestro es ascua ardiente.

Su alma nos ve; su genio nos inspira,
 y dentro de nosotros aun resuenan
 los vibrantes bordones de su lira.

Las altas voces de su fe nos llenan
 de espiritual salud, y las pasiones,
 como por un milagro, se serenán.

Hay transverberación de corazones;
 y cual guirnalda, el ideal se prende
 de su homérica lira en los bordones.

El, fue un excelso pensador: suspende
 el ánimo, la hondura de la idea,
 que es como un horizonte que se extiende

y que, en azul de eternidad, clarea.
 ¡Un hombre! Ved; pero la humana arcilla
 con divino esplendor relampaguea.

Alma desnuda, férvida y sencilla,
 luces de pronto coruscantes galas,
 y tu verbo deslumbra y maravilla.

¿Qué olor de paraíso es el que exhalas?
 ¿Cómo tuviste, al remontar el vuelo,
 ímpetus aquilinos en las alas?

Es el soplo de Dios, es el anhelo
 de verdad y de bien, es la belleza,
 lo que trajiste al mundo y es del cielo:

el blanco amor sin mancha de impureza,
la fe que guía, la piedad que implora,
la virtud casta y la inmortal tristeza!

Juntémonos, hermanos: es la hora
del recuerdo; soñad. Era un vidente;
sus ojos presentían una aurora.

Su caudaloso espíritu era fuente
de bondad sabia, cuya linfa quieta
sanaba todo corazón doliente;

su voz tenía acentos de profeta,
y en él resplandecían, vinculados,
el creyente, el filósofo, el poeta.

Con sus consejos, dulces y sagrados,
él refrescó las almas juveniles,
como el rocío matinal los prados.

Si conspiraban contra él los viles,
no alteraron el cándido y adusto
fulgor de sus miradas infantiles.

Fue la Patria su amor, el más augusto;
la Libertad su anhelo, el más glorioso;
y la Verdad su lábaro, el más justo.

Dejó, al pasar, un rastro luminoso
como cinta de sol; ¡que nos alumbre
el negro porvenir tempestuoso!

¡Yo te sigo; señálame la cumbre;
como siempre, tu amor está en mi pecho,
y yo me abraso con su misma lumbre;

a mi dolido corazón lo estrecho
porque es, en las borrascas de mi vida,
la única vela del bajel deshecho.

Mi pensamiento es lámpara encendida
ante tu altar; por mi memoria rueda
el eco de la eterna despedida.

Pero tu fe apostólica me queda,
y, para las fatigas del viaje,
es mi báculo en la áspera vereda.

En plata brilla el lánguido follaje;
mas ya decora un nubarrón siniestro
la vespéral tristeza del paisaje.

Y aún se agita en nuestra mente el estro ;
aun vamos a luchar sin desconfianza ;
sentimos que tú estás al lado nuestro,
y no nos abandona la esperanza,
¡ oh mi señor, mi padre, mi maestro !

Septiembre 13 de 1913.

ARENGAS LIRICAS